

—Es como mejor sabe —comenta la anciana del pañuelito blanco en la cabeza a la de las zapatillas de deporte. Luego se callan para masticar suspiros y buscar, en las lentes de sus gafas, el punto exacto desde el que poder cubrir con la mirada, todo aquello que ocurra en la cercanía del banco del que brotan cada tarde.

—Sí, es como mejor sabe —opina la anciana de las zapatillas de deporte, y se callan de nuevo.

El rulo (Escrito por Memedó)

Hoy me desperté un poco más cansada que otros días; ¿no sé por qué llamo «otros días» a lo que viene a ser habitual? El caso es que este cansancio que encuentro cada mañana al lado de mis zapatillas, y que calzo a la vez que ellas, es mío, solo mío. ¡Qué cosa!... para una vez que tengo algo solo para mí, resulta que duele tanto o más como cuando tenía que compartirlo todo: mi madre —con tanta gente a la que atender—, la ropa —que heredaba de mis primas—, mi marido —que en paz descansa, con más de dos y de tres... —.

Como era muy pronto me dio tiempo a arreglar la casa y a tender una muda que había dejado en remojo toda la noche, antes de que se levantara la de abajo y me gritase que soy una guarra mojándolo todo, que si no sé que se ha inventado la lavadora. Me duelen las muñecas de la artrosis, no puedo retorcer —que si no con mucho gusto le retorcería el cuello—, pero no voy a poner una lavadora para una muda solo, sería una insensatez.

Luego fui a la compra. Los jueves viene mi hija Verónica a comer. Es vegana y me dice ella el día anterior lo que quiere que le prepare. Hoy me fue fácil encontrar los ingredientes, no tuve que ir al quinto pino para dar con una tienda de esas especializadas

en cosas que le van tan bien. Yo no digo nada, tal vez tenga razón y vivirá mejor y más años que yo. La verdad es que me pregunto si será muy sano y sensato querer vivir tanto. La veo muy paliducha. No creo que sea feliz. Hace mucho que no me atrevo a preguntarle si lo es o no. Ella nunca lo hizo conmigo, pero eso es normal. Yo recuerdo haber oído decir a mis padres que eran felices o, mejor dicho, que «gracias a Dios no se podían quejar», una sola vez. Fue al volver del entierro de la hija de unos vecinos. No, miento, mi madre habló también de felicidad al morir mi padre. «Con lo felices que éramos», repetía a los que se acercaban a darle el pésame, y claro, no era el momento de preguntarle si iba en serio o si lo decía por decir.

Mientras esperaba el ascensor se abrió la puerta de Lucinda, mi vecina, y vi salir a Emilio, su padre. Lleva dos años con ella porque solo en el pueblo ya no se arreglaba. La oí gritarle desde la cocina que no volviera demasiado pronto a casa, que le venía bien airearse. No me gusta mucho tener que subir en el ascensor a la vez que él. Siempre habla como si tuviéramos la misma edad y las mismas penas. A nuestra edad ya no importamos a nadie, me dijo hace poco. ¿Qué se habrá creído?... Tengo por lo menos diez años menos que él, y mi hija y la suya no tienen nada que ver. La mía me quiere. Le importo. ¡Ya lo creo que le importo! No me «airea» como si estuviera mohosa o apolillada.

Al llegar al portal me cedió el paso y me dijo que se me había olvidado quitarme un rulo, un coso de esos que uso para que no se me abra el pelo por atrás. Me pongo dos o tres por la mañana mientras arreglo la casa, luego me es más fácil peinarme y que no se me vea la calva de dormir.

—Se lo digo porque, ¿quién se lo va a decir si no?

Me puse furiosa y le dije que no se me había olvidado, que lo había dejado porque sí, y que su empatía se la pusiera donde yo me pensaba. Bueno, no se lo dije exactamente así, pero casi.

Se quedó extrañado, se disculpó y me dijo que no volvería a pasar.

Estuve todo el resto de la mañana enfurruñada por culpa del Emilio ese y del bigudí —así se llaman también a los rulos—, bigudí que por cierto me quitó nada más torcer la calle, ya fuera de la vista del viejo. Hice la compra, preparé la comida con pocas ganas y me asomé a la ventana de mi dormitorio, la que da al parque, para hacer tiempo mientras llegaba Verónica.

En aquel lugar que rara vez piso ahora, los dos o tres bancos que siguen resistiendo a los ataques de los vándalos nocturnos están siempre ocupados por los mismos, mejor dicho, las mismas —ya se sabe que hay más viudas que viudos—, y me pareció estar oyéndolas soltar, entre suspiros, sus quejas sobre el tiempo tan malo que tenemos, sobre la chiquita «esa» nueva del ambulatorio que se empeña en recetar *genéfrico* o cómo se diga, que asegura que es lo mismo que lo de antes pero en caja de otro color. ¡Vete tú a saber si es lo mismo!

Quejas y más quejas, pero mira tú por dónde, sobre sus nietos que tanto cuidaron y que ahora no les hacen ni caso, sobre esos mocosos ingratos nunca tienen quejas, eso no, nunca.

—¿Y tu Vero, no se anima? —me preguntaron durante años, casi a diario—. Dile que se le va a pasar el arroz. Y tú, sin nietos... ¡qué pena!

A Verónica nunca le dije nada de todo aquello, aunque siempre me haya reprochado, y me reprocha aún, que soy una huraña, que por qué no salgo más con las vecinas, que se las ve muy a gusto todas ahí en el parque hablando de sus cosas. Ay,

hija, si yo te contase. ¿De sus cosas? No, eso nunca, de las de los demás, siempre e inventando si hace falta.

Sobre las dos llegó Verónica. Es muy puntual, siempre lo fue. Nunca tuve que reñirla por volver a casa más tarde de la hora acordada. Demasiado sensata para su edad, me dijo de ella una de sus profesoras en el instituto. ¿Demasiado sensata?

—¿Acaso una madre tendría que preocuparse por ello? —recordé haberle preguntado en tono burlón.

—Sí, tal sí.

Y entonces veinte, no, ¡qué digo!... a ver que calcule... más de treinta años después, me pregunté si... Na, tonterías, cosas que se le pasan a una por la cabeza mientras espera a que el ascensor se pare y se abra en el descansillo esperado, luego, tres timbrazos cortos y seguidos: el código de Verónica y mío, nuestro código, nuestra manera de saludarnos. ¿Efusiva?... no, eso no, acaso sincera.

Durante nuestras comidas de los jueves, soy yo la que lanza las conversaciones, aunque, según dice Verónica, sería mejor comer sin hablar, pendientes del número de veces que masticamos cada trozo que nos llevamos a la boca. Aún no hemos llegado a esto, tal vez pronto. Hablamos pues del tiempo que hace, de la col kale que no tiene nada que ver con las berzas de toda la vida (a mí me parece que sí), del trabajo de ella (muy de pasada), de noticias del vecindario... o sea, conversaciones de soplo de aire que no levantarían olas ni en un vaso de agua. Y cuando la cosa decae tengo temas de los que procuro no salirme. Si lo hago, y opino sobre otros asuntos muy alejados de las cuatro paredes de mi cocina, Verónica parece molesta, ¡tú qué sabrás!, dice ella, y me suele llevar la contraria. Así que evito hacerlo. Solo quiero que la comida con mi hija sea un momento agradable, sin tensiones.

Cuando faltaba poco para terminar de comer me atraganté con una miga de pan. Me pasa a menudo. Verónica me explicó que es por hablar mientras se me va formando el bolo alimenticio.

—Anda, será mejor que deje de pensar también —le contesté. Y busqué un pañuelo en el bolsillo de mi delantal. De tanto toser me lloraban los ojos.

—¿No sé qué tendrá que ver el no hablar cuando se come con el no pensar? —afirmó mi hija en su pregunta—. ¡Siempre sacando las cosas de quicio!

Yo no contesté porque mis dedos acababan de tropezar con el bigudí que, por no sé qué razón, había terminado junto al pañuelo, y apreté sus púas hasta clavármelas en la palma de la mano. Fue un poco como morderme la lengua.

—Sí, bueno, tal vez, perdona. Y si me disculpas, tengo que ir al baño, ahora mismo vuelvo —le dije.

¡Ahora sí que sí, esa era la mía, y el viejo aquel de al lado se iba a enterar de quién era yo y de qué distinta era mi vida de la suya!... aparte, claro está, de nuestra diferencia de edad que saltaba a la vista.

De regreso a la cocina, con el rulo puesto tal y como lo llevaba por la mañana en el ascensor —olvidado en mi cabeza como un rollo de heno en un erial—, serví el postre.

—Parece que va a llover —dije asomándome a la ventana—. Voy a por un poco más de agua —dije también. Buscaba motivos para levantarme y pasearme por la cocina, al ver que mi hija seguía sin darse cuenta del chisme que se balanceaba en mi nuca, casi a la altura de sus ojos.

—Mamá, deja ya de moverte, me estás mareando, ¿qué te pasa? —protestó Verónica—. Se me están poniendo los nervios en el estómago.

El estómago de Verónica con nervios, mi cabeza con un rulo, y un flan de avena a punto de verse adornado con el dichoso bigudí cada vez más suelto.

—No sé lo que tengo que me está tirando del pelo por atrás —dije a la vez que me llevaba una mano hacia la nuca. Estaba haciendo trampas, lo reconozco.

— Tienes un rulo. Tú y esa ridícula manía de ir a todas partes con ellos.

—Hombre, a todas partes, no, a la calle por ejemplo no voy, ¿o es que te crees que voy a la calle con los rulos puestos?

—Bah, ¿y qué importancia tendría? Ya somos mayores las dos para hacer lo que nos venga en gana.

Tendría que haber dado por concluido el experimento, tendría que haberme reído y haberle dado la razón y, sobre todo, no haberme llevado a la boca una cucharada más de flan de avena que, junto a un bolo de rabia y pena me impedía respirar.

Entonces me levanté, tiré el flan a la basura, y me fui al baño a escupir la parte avena que me ahogaba, a quitarme el bigudí, cardarme el pelo y peinarme. Tenía que hacer tiempo. Serenarme. Cuando volví a la cocina Verónica ya había empezado a recoger la mesa.

—Creo que tendría importancia —le dije.

—¿El qué? —preguntó sin levantar la vista de la etiqueta del frasco de mayonesa sin huevo—. No sé si no estará caducada.

—Creo que tendría importancia que me fuera a la calle con los rulos puestos — insistí.

Al oírme, mi hija pareció sorprenderse como si volviera de un largo viaje a la luna, luego me sonrió.

—¡Pero qué cosas dices, mamá! Anda, procura dar un buen paseo esta tarde, te vendrá bien airearte.

Luego se acercó a mí y me dio un beso.

Cuando mi hija se va, la sigo por el pasillo hasta la puerta con los brazos abiertos, pastoreándola, pero hoy no lo hice. Me quedé inmóvil en medio de la cocina con su mesa de madera y su hule agrietado, su ventana con barrotes y su san Pancracio vigilándolo todo.

Al llegar a la puerta, Verónica se dio la vuelta y me miró. En su gesto me pareció oír: ¿pasa algo?, ¿cómo es que hoy no me vienes a acompañar hasta la puerta?, ¿cómo es que hoy no vas a quedarte de pie en el felpudo hasta que llegue el ascensor?, y ¡anda!, métete en casa que ya sabes lo que tarda y me pones nerviosa. Pero fue un gesto de apenas un segundo, y entre aquel gesto y yo: el pasillo. En esta época del año el sol entra oblicuo en la cocina, la inunda y desborda hasta la primera mitad del pasillo. La otra mitad queda en sombra.

—Hasta el jueves, mamá —me lanzó desde la sombra.

—Hasta el jueves, hija —le devolví desde la luz—, aunque...

—¿Aunque qué? —repitió mi hija con el mismo gesto de antes.

—Igual quedo con una amiga para ir al centro —le mentí.

—¿Con una amiga?... ¿Para ir al centro?...

—Pues sí, con una amiga para ir al centro, ¿tanto te extraña?

Mi hija había vuelto sobre sus pasos y se paró justo en la frontera entre la sombra y la luz. Ahí, tiesa, me recordó a su abuela, Enriqueta, mi madre que en paz descansa. Con la barbilla ligeramente levantada y el ceño fruncido, acababa de hacer ese gesto tan femenino que consiste en juntar las dos partes delanteras de una prenda desabotonada —primero una, luego la otra—, y en mantenerlas juntas cruzando con fuerza los brazos debajo del pecho. Un gesto mitad recato y mitad provocación, un gesto de cierre de tenderete porque sí, que no por falta de mercancía, y que siempre fue una clara muestra de enfado, de reto en plan: ¿a ver quién de las dos puede más?, pero que conste que la última palabra la tendré yo.

—No, ¿por qué me va a extrañar? —mintió ella también—, solo que podrías salir otro día que no sea jueves, total, ¿a ti qué más te da? —contestó dándose de nuevo la vuelta en dirección a la salida.

—Sí, bueno, a ver si lo puedo arreglar —dije—. ¡Qué más me da nada!

Sin darme cuenta había avanzado y pasado la frontera. Pensé que en aquella mitad de sombra hacía frío, que pronto habría que encender la calefacción, que el invierno no tardaría en llegar.

—Con lo que sea, avísame —dijo Verónica chasqueando la lengua.

Luego la chasqueó de nuevo al no poder descorrer la cadenita de seguridad que siempre le había parecido una manía de vieja, y siguieron otros dos o tres chasquidos más al tener que esperar a que llegase el ascensor retenido, como de costumbre, en uno de los pisos superiores. La impaciencia de Verónica suena a chasquido, pensé, mientras

mis dedos volvían a dar con el rulo. Lo apreté aún más fuerte que la primera vez. Me gustó ese dolor.

En el pasillo ya no había zona de sol. Era cierto, iba a llover. Me acerqué a la ventana, la abrí y puse mi frente contra los barrotes para ver la explanada sin asfaltar que llaman parking, y el coche de Verónica cuando arrancase. Me gusta hacerlo, seguirla con la vista es asegurarme que no le pasará nada malo hasta nuestro próximo encuentro, pero no la vi. Estaría aparcada en otro sitio o ya se había ido. ¿Y ahora qué?, pensé.

¿Terminar de recoger la mesa?, ¿fregar los cacharros?... Sí, era lo normal, lo sensato. De nuevo me venía la palabra «sensato» a la cabeza, pero ya estaba quitándome el delantal, vistiéndome y calzándome para ir a la calle. Me dirigí hacia el parque. Ya no había nadie. Sorteé el charco de la entrada. Siempre está.

—No sirve de nada rellenarlo con grava, lo que hay que hacer es una obra en condiciones y no las chapuzas de hoy en día —repite el secretario de la comunidad de vecinos en cada junta. Fue contratista mucho antes de que hubiera un parque, mucho antes de que las cosas se hicieran todas tan mal, y sabe de lo que habla.

Estoy de acuerdo con él, pero la historia del charco, que se rellena y a los dos días de lluvia vuelve a aparecer, me distrae un montón. Según como estén de altas sus aguas, sus orillas van cambiando de forma, y reconozco en ellas los contornos de España, Francia... En su nivel más alto se trata ya de cruzar Europa. Crucé pues el continente para ir hasta una pequeña zona reservada a la práctica del ejercicio al aire libre. No quedaba ningún deportista frente a volantes, timones, bicicletas, remos, barras paralelas... A mi paso, aquellos artilugios parecían tender sus largos brazos metálicos hacia mí, como zombis en busca de una presa.

No muy lejos, bien delimitado por un suelo de goma mullida, el parque infantil. Los columpios se mecían en la brisa y los goznes de sus cadenas se quejaban. De repente creí reconocer a una niña subida en uno de ellos.

—¿Por qué no te columpias conmigo? —me retó con la mirada seria detrás de su flequillo—. ¿Acaso ya no sabes?

Miré a mi alrededor. Los zombis avanzaban, venían a por mí. Solo me quedaba una salida: sentarme en el columpio, subir lo más alto que podía y ser de nuevo niña. Por un instante.

Al sentir las primeras gotas de lluvia levanté la cara hacia el cielo; de pequeña jugaba a atraparlas con la lengua y a beberlas, y vi a Emilio mirándome detrás de una ventana, la de su dormitorio, supuse. Me hizo una señal con la mano. Le contesté con otra señal y le sonreí. Contra el cristal, su nieta —digo yo, ¿quién si no?— había pegado dos siluetas de gaviota. Cuando mi vecino quiso responderme con un nuevo saludo, lo que yo vi fue a un hombre tirando pan a dos enormes pájaros de cristal.

Iba a coger una buena mojadura y enfermar. Tenía que regresar a casa, sí, era lo más sensato. Volví por el mismo senderito por el que había venido. Justo cuando me disponía a cruzar Europa, que ya estaba a punto de desbordar, busqué un pañuelo en el bolsillo de mi chaqueta para secarme la cara. No era cosa de ir dando la nota por ahí con un aspecto de vieja chiflada. Al hacerlo, me pinché de nuevo la mano con el rulo. ¿Él, otra vez? Lo miré detenidamente y fue como cuando repites muchas veces una misma palabra, y que a fuerza de decirla ya no quiere decir nada o se transforma en otra cosa. La palabra «monja» era la más divertida, pensé, y la cosa más ridícula del mundo, este rulo, seguí pensando antes de tirarlo al charco. Tan ridículo como lo había sido en mi pelo y en la palma de mi mano, lo era flotando con todos sus pinchos viento en popa en

aquel sucio charco. «Había una vez un barquito chiquitito...» tataré un rato mientras esperaba el ascensor retenido en vaya usted a saber qué piso.